

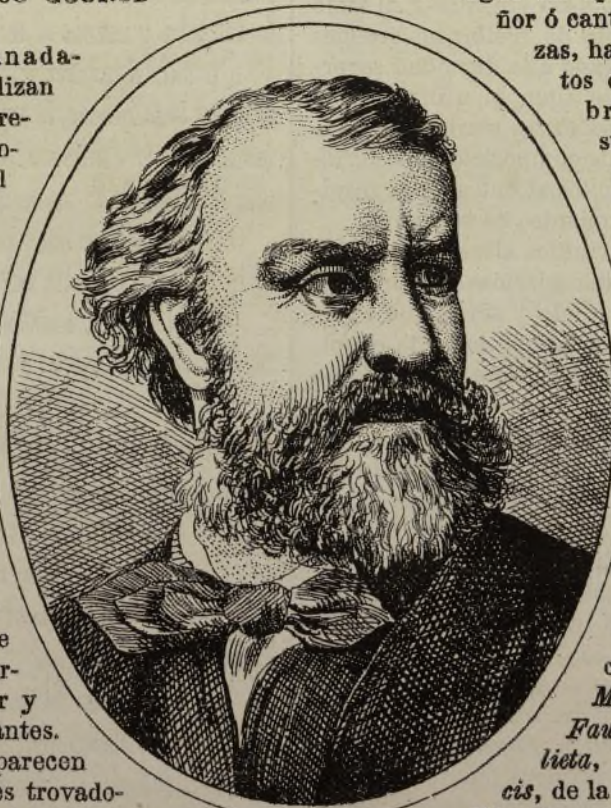


REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO.
 ESCRITA POR
 NUESTROS PRIMEROS LITERATOS.

NICOLAS GONZALEZ, EDITOR, SILVA, 12, MADRID.—2 RS. AL MES.—NÚMERO SUELTO, 50 CÉNTS.

CÁRLOS FRANCISCO GOUNOD

Hoy que afortunadamente no monopolizan la gloria los guerreros; hoy que se reconoce y aplaude el genio y el talento en las múltiples esferas en que pueden manifestarse; los artistas, esos seres privilegiados, llamados a sembrar de flores el árido camino de la vida, son objeto de consideraciones y celebrados al igual de los hombres que abusando de la fuerza pueden oprimir y vejar a sus semejantes. Los músicos no aparecen ya como miserables trovadores, que en errante camino men-



digan los aplausos del gran señor ó cantan en calles y plazas, halagando los instintos de las muchedumbres y buscando el sustento, cual gentes desheredadas y viles; sus inspiraciones y sus producciones son apreciadas ya en su verdadero valor; su talento es celebrado por doquier. Entre los contemporáneos que se han distinguido en primer término ocupa lugar preferente el autor de la incomparable *Ave-Maria*, de la ópera *Fausto*, de *Romeo y Julieta*, de *Filemon y Baucis*, de la *Reina de Saba*, de *Mireille*, de *Cinq-Mars* y de

Cárls Francisco Gounod.

otras mil y mil obras, cuyas bellezas encomian los inteligentes y cuyos encantos saborean cuantos logran el placer de oírlas. No es este lugar idóneo para analizar los variados trabajos de este célebre compositor, ni para estudiar el carácter y estilo que los distingue: bástanos consignar que se ha singularizado por la severidad y elegancia de sus armonías, por la delicadeza de sus fórmulas y por la importancia que concede al acompañamiento instrumental, reduciendo el exagerado desarrollo del elemento melódico.

Nacido en París el 17 de Junio de 1818 este ilustre maestro, dió á conocer sus naturales aptitudes bajo la direccion de profesores tan celebrados como Halevy, Lesueur, Paer y Reicha, y gracias á la pension que mereció su cantata *Fernando*, pudo continuar en Roma sus estudios, y allí se consagró al exámen de la más celebrada de todas las escuelas musicales, gracias á su índole contemplativa y meditabunda. De regreso en París, desempeñó el cargo de maestro de capilla en la iglesia de las Misiones extranjerías, y no sin vestir el traje talar estuvo á punto de recibir las órdenes sagradas y ser elevado á la dignidad sacerdotal. Durante este tiempo, utilizando su erudicion y las enseñanzas recibidas, escribió gran número de composiciones religiosas y dió á conocer los alientos de su inspiración y los atrevimientos de su genio.

Sea porque los triunfos alcanzados le hicieran entrever una gloriosa carrera, sea que su carácter inquieto y activo le impulsara á buscar ancho campo para desenvolver sus ideas, es lo cierto que hacia el año de 1851 lanzóse por nuevos senderos, y puso en escena la ópera *Sapho*, cuyo éxito, si no brillante, fué bastante lisonjero para estimular á su autor, y mostrarle que podía contar con un nuevo y anchuroso camino para llegar al pináculo de la gloria. Subió á éste en realidad el año 1859. El teatro lírico de París fué el lugar donde la laboriosidad y el talento de Gounod obtuvieron la merecida recompensa. Allí, entre entusiastas y no interrumpidos aplausos, representóse la inmortal ópera *Fausto*, y su autor fué colocado en la primera fila de los grandes compositores modernos. Desde aquel instante la fama llevó su nombre por doquier, y su inmortal produccion es conoci-

da allí donde las artes son cultivadas y existen elementos para poner en escena esos dramas líricos que tanto esplendor y tan exorbitantes gastos requieren. Las obras posteriores de Gounod, si no han acrecido su renombre ni igualado á la más interesante y magistral de todas, han justificado que sus dotes son extraordinarias y que su genio no ha decaído con el goce de los laureles alcanzados.

LAS PUERTAS DEL CIELO.

CUENTO.

— Pero ¡ si yo no quiero que se vayan! ¡ Dios mío! ¡ San Pedro bendito! ¡ Santo ángel de mi guarda! ¡ Si yo no quiero!

— Pero quiero yo, brujá.

Y diciendo así, el cazador tomó á dos niños de las manos, y poniendo al más pequeño á caballo sobre sus hombros, salió de la choza, sin que la anciana hubiera acertado á moverse de su rincón, en donde la sujetaba y retenía el miedo.

Cuando el cazador y los niños hubieron salvado el dintel de la cabana, la vieja encontró sus pies desentumecidos, y salió gritando como una loca; pero solo veía lo blanco de la nieve y lo negro de la noche.

— ¡ Dios mío, Dios mío! ¿ Quien se llevó á mis nietecitos? gritó la infeliz entre sollozos.

— Juan Diablo, le contestó una voz á lo lejos, Juan Diablo: ven á buscarlos, si te atreves.

II.

El misterioso cazador habia dicho en la cabana que se llevaria á los niños para que le sirvieran de guía en el bosque de San Pedro; pero habia mentido, toda vez que apenas dieron la vuelta á la choza, puso al que llevaba acuestas en el suelo, y dijo á los tres con voz breve y dura:

— Venid detrás de mí.

Los niños obedecieron, y los perros, que habian seguido á su amo, se colocaron en círculo alrededor de los huerfanitos, como para impedirles que se escapasen. Los pobres niños no pensaban en tal cosa.

Cogidos de la mano marchaban por entre la nieve; y lo mas extraño es que siendo el bosque tan espeso, no tropezaban en ninguna rama, encontrando abierto bajo sus pies un senderito estrecho, como una cinta negra, por el que empezaron á marchar sin detenerse. El monte, cada vez más cerrado, parecia abrirse para darles paso, y Juan Diablo, ni siquiera volvia la cabeza.

Pasó la noche; vino despues el dia, un dia claro, sereno, que parecia pertenecer al mes de Mayo. Los pájaros cantaban, hazándose en las ramas de los árboles que, cubiertas de nieve, presentaban al sol mil caprichosos prismas, como si estuvieran cuajadas de diamantes. Esos ruidos que suenan siempre en las espesuras, y que son el insecto que salta, la rama que se rompe, el guijarro que rueda, el roedor que busca su comida, formaban un armonioso concierto que, sin embargo, no distraia á los niños, ni á su guia en la marcha.

El sol se ocultó; los pájaros volvieron á sus nidos y el silencio reinó por todas partes; pero Juan Diablo y sus perros continuaron marchando, seguidos siempre de los pobres niños, que miraban con ansia indecible aquel sendero que no tenia fin, y caminaban, caminaban siempre hacia adelante, sin atreverse á volver la cabeza para mirar cuánto camino habian andado.

Pasó otro dia, y los niños siguieron su viaje; y cuando hubieron andado así tres dias, se acabó por fin el monte.

Alpenas desapareció el último árbol, se encontraron al lado de la carretera con un hermoso palacio, grande, tan grande, que parecia una ciudad. Tenia muchísimas ventanas y tres puertas; pero ¡qué puertas! La de la derecha era blanca, toda salpicada de clavos de oro. La de la izquierda azul con clavos de plata, y la del centro encarnada, y cada clavo tenia por cabeza una perla del tamaño de un huevo de paloma.

No podremos decir por qué misteriosa manera; pero lo cierto es que al llegar al palacio los nietos de la abuela Petra habian crecido mucho, y eran tres hermosos muchachos. Sin embargo, ellos no recordaban haber caminado más de tres dias. Juan Diablo estaba tambien allí, y no parecia más viejo que lo era al presentarse en la choza del bosque.

(Se concluirá)

EL COCINERO JAPONÉS

Entre la multitud de tipos que con ocasion de la Exposicion universal llaman la atencion en Paris, figura el cocinero japonés, cuyo retrato publicamos en este número. El interés que éste despierta es tanto mayor cuanto que todos conocen el verdadero afán con que sus compatriotas procuran imitar las costumbres y los trajes del Occidente. Así no es extraño ver en aquel imperio oriental gentes que usan sombrero de copa con traje talar, ó que adoptan los vestidos europeos, sin conseguir confundirse con los naturales de estas comarcas.

El aspecto del que nos ocupa es tal, gracias á su color, á sus actitudes y á las arrugas de su curtida cara, que son muchos los que le han tomado por una mujer. Por lo demás, el menage de su oficio se reduce á una cocinilla y á una cafetera, en que prepara el té, líquido que tanta aceptacion goza entre sus paisanos.

EL DESFILADERO DEL DIABLO

CUENTO

I.

En uno de los sitios más agrestes y escondidos de la montaña de Leon hay una especie de cañada que forman dos grandes estribos de rocas desprendidas, entre cuyos intersticios brotan algunos árboles raquíticos, lentiscos y jarales, que á causa de una humedad permanente presentan durante todo el año un verdor y una riqueza de vegetacion verdaderamente tropical.

La cañada se prolonga de Oriente á Occidente más de un cuarto de legua, presentando siempre el mismo encantador aspecto; por su fondo corre un riachuelo, que es el que mantiene con sus límpidas aguas el jugo eterno de aquellas plantas.

A derecha é izquierda, costeano la cañada, hay un sendero protegido por la constante sombra de los árboles.

Pero el que camina por cualquiera de los dos debe hacerlo con mucha precaucion; porque aquel sitio tan encantador y delicioso se ve interrumpido de repente por un insondable abismo.

Una enorme cortadura del terreno de más de cuatro varas de ancho interrumpe de repente la agradable monotonía de aquel sitio: el riachuelo, encauzado hasta entonces, se precipita en el abismo en una enorme catarata; el agua salta á una altura considerable, con espantoso ruido, y baja luego convertida en vapor.

De una á otra orilla del precipicio hay un puente rústico de una vara de ancho; construido con troncos de árboles, césped y tierra apisonada; un puente sin barandillas ni parapetos, que se eleva sobre el fondo del abismo más de ciento cincuenta piés.

Para pasar por él es preciso tener la cabeza muy firme; un sentimiento de terror es suficiente para precipitarle á uno; allí la salvacion es un sueño, porque lo que no hicieran las rocas lo haria la fuerza del agua, que se precipita con furia inusitada.

Aquel sitio es conocido en el país con el siniestro nombre de *El desfiladero del Diablo*.

II.

A pesar de los peligros que ofrece, es un paso muy frecuentado, porque la montaña no presenta más camino que aquel para la comunicacion de dos pueblos vecinos, y es tal la fuerza de la costumbre, que en el día se ve á muchas aldeanas y gente del campo arriesgarse sobre una caballería en un paso tan difícil.

El desfiladero del Diablo, como casi todos los puntos notables de la montaña por algun concepto, tiene tambien su tradicion; tradicion dramática y sombría, que á mí me han referido sobre el terreno, y que con la ayuda de Dios voy á relatar.

III.

La cosa no es de ayer; se remonta á los tiempos de Felipe II.

A causa del licenciamiento de uno de aquellos tercios españoles que enaltecieron en Flandes de una manera gloriosa el nombre de España, llegó á una de las aldeas

más próximas á *El desfiladero del Diablo* Garci Lope, soldado valiente, que salió de su pueblo natal tímido y sencillo, y volvió al cabo de diez años con una reputacion deplorable: la vida del campamento, y las costumbres licenciosas del soldado en campaña, habian pervertido el sentido moral de Garci Lope, al mismo tiempo que contribuyeran á su desarrollo físico.

Antes de partir para la guerra éste tenia relaciones amorosas con Berta, hermosa muchacha, hija del molinero de la aldea, la cual prometió esperarle, y cumplió su palabra.

Pero al ver que Garci Lope tornó tan cambiado en sus costumbres, y considerando que de aquel hombre no podia esperar la felicidad, le devolvió su palabra, considerándose desligada y libre de todo compromiso.

Esta determinacion, que escitó el furor de Garci Lope, pareció ser muy del agrado de Pedro Antunez, honrado muchacho de la aldea, el cual, desde que tenia uso de razon, amaba en secreto á Berta.

Al saber que habian terminado las relaciones de ésta con Garci Lope, único obstáculo con que tropezaba su cariño, hizo á la muchacha una declaración formal.

Berta no tenia vocacion para vestir imágenes; habia esperado diez años la vuelta de un hombre, y al romper con él no habia hecho voto de castidad.

De modo que acogió la proposicion de Pedro Antunez, correspondió á su cariño y se arregló la boda.

IV.

El despecho amoroso de Garci Lope le condujo á los mayores excesos y tropelías: era un hombre descreído y atroz, que se burlaba de todo lo más santo que respetan los demás hombres, de modo que en la aldea, más que por su nombre, todos le conocian por Garci Diablo.

Al saber la resolucion de Berta juró vengarse, prometiendo solemnemente que la boda no se realizaria.

Era la víspera de la ceremonia.

Pedro Antunez habia ido á la ciudad para proveerse de algunas cosas necesarias que faltaban en la aldea.

Debía regresar al anocheecer.

Aquella tarde Garci Lope ó Garci Diablo, como todos le llamaban, cogió su ballesta y

salió camino de la cañada, como acostumbraba á hacerlo muchas veces, pues tenía guerra declarada á las alimañas que entonces poblaban aquellos contornos.

Se puso el sol, hora en que debía regresar Pedro Antunez.

Dieron las ocho, y luego las nueve: Pedro Antunez no venía.

A las diez en punto entraba en la aldea Garci Lope, entonando á voz en cuello una de aquellas canciones que había aprendido en los campamentos.



El cocinero japonés.

Uno de sus vecinos notó que llevaba la ballesta rota.

Entre tanto todos esperaban á Pedro Antunez. Y dieron las once, y las doce, y la una...

Pedro Antunez no volvió á parecer por la aldea; nadie supo la causa de tan estraña desaparición.

La pobre Berta le esperó inútilmente cuatro meses.

Al cumplirse el quinto tomaba el velo de novicia en un convento de Leon.

V.

Era una noche de Agosto, serena y tranquila: la noche en que se cumplía el año de la desaparición de Pedro Antunez.

Las gentes regresaban alegremente á la aldea de la romería que acababa de verificarse en un pueblo vecino.

El último grupo de romeros, compuesto de un labrador, su hija y el mayoral del ganado, se acercaban ya á *El desfiladero del Diablo*, iluminado espléndidamente á la sazón por los rayos de la luna llena.

De repente, y delante de ellos, oyeron el eco de una voz conocida que entonaba una canción algo libre.

Era Garci Lope, que también regresaba de la fiesta, y entraba en aquel momento en el puente rústico, con su ballesta á la espalda.

Los que caminaban detrás se detuvieron instintivamente.

Habían visto avanzar una sombra enorme que salía al encuentro de Garci Lope.

Este cesó de cantar.

La sombra, abriendo sus grandes brazos, se precipitó sobre él.

Garci Lope exhaló un terrible grito de angustia.

En seguida se le vió caer precipitado en el abismo; el agua y las rocas destrozarían su cuerpo probablemente.

La sombra desapareció como había llegado; es decir, se deshizo como un vapor.

El labrador, su hija y el mayoral hicieron la señal de la cruz, y cayeron de rodillas.

Entonces oyeron la voz de Juan el pastor, que puesto de pie en mitad del puentecillo, exclamaba:

—¡Justicia de Dios! Hoy, á esta misma hora, hace un año que Garci Lope mató con su ballesta á Pedro Antunez, precipitándole en el abismo; hoy el diablo ha venido á hacer lo mismo con el asesino, llevándose su alma infame á los profundos: yo fui testigo del crimen, y lo he sido también de la reparación.

VI.

Desde aquella noche fatal el sitio del homicidio y de la venganza se llamó para siempre *El desfiladero del Diablo*.

En la aldea corrió como muy válida la noticia de que el espíritu de las tinieblas había cargado con el alma de Garci Lope, y todos los que presenciaron el hecho declararon al siguiente día que al acercarse al puente se percibía el olor tradicional á azufre, que es sin duda el perfume que gasta Satanás.

Pero lo probable es que el matador de Garci Lope fuera alguno de los enormes osos que, tanto entonces como ahora, pueblan el país.

Es lo cierto que al asesino tarde ó temprano alcanza la justicia de Dios.

PEDRO ESCAMILLA.

SANTA MARINA

I.

Cuenta la tradición que cuando España
Bajo el poder del musulmán gemía,
Una pastora, de belleza extraña,
En gracia y en virtud, al par, crecía
Allí, do el Duero con sus ondas baña
La tierra, y llena el aire de armonía;
Marina, se llamaba la pastora,
Del Duero y de sus márgenes señora.

Y cuentan además, que un noble moro
Se prendó de la hermosa pastorcilla,
Y queriendo hacer suyo aquel tesoro,
Bajó del río á la encrespada orilla.
Marina allí, con angustiado lloro,
Su puro corazón á Dios humilla,
Y al par que aprisa y con afán hilaba,
Sus blancas ovejuelas abrevaba.

Turbada, al verse requerir de amores
De aquel infiel, la niña pudorosa,
Falta á un tiempo de aliento y de colores
La frente inclina al suelo temerosa.
Él, al mirarla, crece en sus ardores,
Que el temor la ha tornado más hermosa,
Y ella, al verle arreciar en su porfía,
Su salvación á la carrera fía.

Corrió, voló, la cándida doncella
En alas de su angustia y su pavor;
Él, furioso, se lanza tras su huella,
Torvo el semblante, la mirada impura.
Sus miradas al cielo torna aquella,
Rogando á Dios la acorra en su tristura,
Y al sentirle tras sí, falta de aliento,
Creyó llegado su postrer momento.

La fé, que en llano torna la montaña,
El corazón inflama de Marina,
Con su fulgente luz su rostro baña,
Y sus cándidos ojos ilumina.
Él, se sonríe con maligna saña,
Y por suya sin duda la imagina;
Mas ella, á Dios, con fé sincera invoca,
Y ábrese al punto y trágala la roca.

II.

Años, y siglos rápidos pasaron,
Y de Marina el caso portentoso
Tan solo en la memoria conservaron
Las gentes de aquel suelo venturoso.
Y á despecho del tiempo lo guardaron
Con esmero solícito y cuidadoso,
Y el moro ya en Castilla no imperaba,
Y aquella tradición aún se guardaba.

Vuelve á contar la tradición; que un día
Del ardor de la caza arrebatado,
Un noble castellano recorría
Los montes, de sus perros rodeado.
Y á aquel lugar llegó, do la que huía
A Dios clamó con pecho acongojado,

Y en torno de la roca detenidos
Los perros lanzan lúgubres ahullidos.

Pasmado el caballero, sospechando
Que algun grave misterio allí se encierra,
Los piés de los estribos libertando
Y las riendas soltando, se echa á tierra;
Los perros con furor siguen ladrando,
Él con sus voces la montaña aterra,
Las gentes que sus gritos escucharon
En su socorro sin dudar volaron.

Sabedores del caso, diligentes,
Por el señor, su ardor espoleado,
A hendir la roca aplicanse valientes,
Un tesoro creyendo hallar guardado.
La roca cede, atónitas las gentes
Ven de Marina el cuerpo conservado,
Con su alforja, su ruca y su sombrero,
Cual la halló al perseguirla el moro fiero.

Por santa la pastora proclamada,
A su nombre una ermita se levanta
En el lugar do fué por Dios salvada,
Y que su gloria y sus virtudes canta;
Y aún dentro de la ermita, aunque arruinada,
De Marina se ve la gruta santa,
Cual pública y patente maravilla
De esta historia tan tierna y tan sencilla.

RAFAEL LUNA.

NOTA. Este doble milagro sucedió en la Ribera del Duero, provincia de Salamanca, donde aún existen las ruinas de la ermita. Cerca de ella se levantó un suntuoso convento de franciscanos, hoy también arruinado. Dentro de la ermita se ve el hueco de la roca que tragó milagrosamente á la pastora, y del que sacaron siglos más tarde su santo cuerpo. D. Bernardo Dorado, en su *Historia de Salamanca*, cuenta este milagro con los mismos detalles que nosotros hemos recogido de la tradición.

UNA MUJER COMO HAY MUCHAS

(CUENTO EJEMPLAR)

La muerte, mensajera celeste, acababa de entrar allí.

Dios saca del mundo á una viuda, á una madre que alimentaba con el trabajo de sus febriles manos dos niños, al presente huérfanos.

A la incierta y blanquecina luz que una alborada de Enero esparce por la guardilla, se ve una cuna, nido de amor, donde descansa la infantil pareja.

El telar para hacer bordados, y con el cual la adiestrada aguja aún ganaba ayer el pan del día para una familia, estaba inmediato á la puerta de aquella oscura vivienda.

Algunos muebles estropeados adornaban las paredes.

Un Crucifijo, ante el cual los niños juntaban sus manecitas para orar, estaba sobre la mesa.

Libre de las miserias de esta vida, sobre

una cama destrozada, estaba la madre, muerta y fría como el hielo.

Hé aquí que á pasos lentos se introduce en la habitación una mujer, en cuyos ojos se lee la inquietud.

Adelántase, y su mano, estremeciéndose por lo que va á hacer, se posa sobre la frente de la viuda.

—¡Cuán fría estás! esclama. Pero ¿es preciso abandonar toda esperanza?... No.

La recién llegada coge un trozo de espejo que encuentra por allí, y rogando al cielo que se digne empañar la superficie del mismo, lo acerca á los labios de la viuda.

¡Triste realidad!

El espejo permanece limpio.

La muerte, pues, había revelado su sentencia, escribiendo su fallo en aquel cristal azogado.

¡Pobres niños!

¡Qué desgracia pesaba desde aquel instante sobre ellos!

La recién llegada se arrodilla ante los restos de la difunta, cierra sus ojos que los ángeles volverán á abrir en el cielo, y con un giron de lienzo cubre su pálida frente.

Mientras tanto, los niños, adormecidos aún, frotaban sus hermosos ojos al ver la luz del nuevo día.

La mujer que socorrió á la madre los cubrió de besos y lágrimas, é inspirándose tal vez en sus sentimientos nobles, exclamó:

—¡Lléve moslos de aquí, y Dios hará lo demás!

¡Ay!... esta mujer de corazón de oro, que se imponía aquella nueva carga, era madre como la viuda, y quizás tan pobre como ella.

Su marido, trabajador activo, inteligente y honrado, ganaba durante el estío un buen salario; pero en invierno era escaso el dinero que recogía para alimentar á sus hijos y á su joven esposa.

A la hora de comer llegó á su casa.

Su joven mujer estaba distraída y pensativa, preguntándose interiormente cómo iba á recibir su marido á los huérfanos, y si miraría con calma el que los advenedizos compartieran el pan con sus propios hijos.

—Mujer, dijo él después de haber dado un abrazo á sus pequeñuelos; ¿por qué estás triste y callada?

—¡Yo!... replicó la virtuosa esposa, como no acertando á responder.

—¿Tienes algun pesar?

—No; nada de lo nuestro me entristece.
—¿Pues cómo estás así?...
—Lo que me dá pena es la desgracia de otras personas.

—¿Y qué desgracias son esas?... Vamos, habla, mujer.

—Escucha... la María... nuestra vecina de enfrente... ¿la conocías?...

—Vamos, sí, habla.

—¡La pobre ha muerto esta mañana!...

Y al pronunciar estas palabras la caritativa mujer, sintiendo aumentar su temor,

miraba á los pliegues de la cortina que escondía á los huérfanos, colocados por ella sobre su cama.

—Mejor, añadió el marido; mejor para ella... Pero, ¿qué van á hacerse sus pobres hijos? Ya sé que no morirán de frío ni de hambre; sé también que encontrarán un asilo y pan; pero sin el cariño de la madre es muy amarga la vida... ¿Verdad, esposa mía?

—¡Ay!... sería preciso darles el amor que hubieran encontrado en los brazos de su



Elementos de dibujo.

propia madre, para que esas criaturas fuesen felices.

—Pues escucha; á pesar de que á veces se pagan los favores con ingratitud, no importa; yo trabajo, y con mi salario te alimento á tí y á mis dos hijos... Pues bien, Dios me ayudará si aumenta mis horas de fatiga; adoptemos á los hijos de la pobre difunta, y cuidémosles tan bien, que lleguen á olvidar muy pronto la desgracia que les ha caído encima... ¡qué!... ¿No contestas?... ¡Habla!... ¡Me causas recelos!... ¿No te parece bueno mi propósito?... ¡Oh!... Veo

ya que me abrazas... ¿Y cómo no, cuando este propósito ha nacido de Dios!... ¡Anda, corre á buscar á esos angelitos!

La buena mujer se levantó de la silla, corrió hacia la puerta de la alcoba, y apartando la cortina, exclamó:

—Mira, están aquí ya con nuestros hijos.

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

Solucion de la charada inserta en el número anterior:

CANTURIA.

Madrid: Imprenta y litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.